

**¿Crisis en la
Semana Santa de
Jerez?**

**Respuestas desde
la Historia**

Conferencia pronunciada por

José Antonio Domínguez Mateos

Hermandad del Cristo del Amor – Nov 2008

INTRODUCCIÓN

Proponer un análisis profundo de la situación actual de nuestra Semana Santa, de nuestras Hermandades y todo lo que en ellas se contiene, como temática de una conferencia puede ser, a priori, un reto difícil de afrontar. Sumarle, además, el reto de rebuscar en nuestra historia, a corto o medio plazo, las repuestas que puedan ayudarnos a comprender tal situación es, sin duda, un atrevimiento. En cualquier caso, mucho hay de atractivo en semejante desafío. Si en nuestro empeño logramos descifrar alguna de las claves que condicionan el estado actual de nuestras cofradías abriremos las puertas a otro debate más ambicioso aún, más necesario: el de la búsqueda no ya de respuestas, sino de soluciones a tal situación calificada a menudo por los propios cofrades de crítica. Dicho en otras palabras, si comprendemos el porqué de nuestra actualidad, tendremos una mayor capacidad para transformarla y mejorarla de manera efectiva.

Para intentar abordar la cuestión nos impondremos un método de trabajo que mucho se parecerá al proceso de diagnóstico de la medicina actual: someteremos a examen los diferentes ámbitos cofradieros distinguiendo entre los valores cualificables y

cuantificables para, una vez obtenidas las conclusiones que se deriven de ello, poder buscar las posibles causas que han conducido a tal situación en nuestra Historia. En resumen y siguiendo el ejemplo anterior, practicaremos una serie de biopsias o analíticas que nos muestren como está el paciente, y rastrearemos en su historial médico (y en el de sus antepasados) las posibles respuestas.

La Semana Santa de Jerez a examen

Como acabamos de exponer, centraremos nuestra atención en unos parámetros determinados que consideramos pueden conducirnos a un diagnóstico más o menos claro de la situación actual de nuestras Hermandades, distinguiendo entre ellos dos grandes grupos:

- En primer lugar, **los factores cuantitativos**, entre los que destacamos los tres siguientes:
 - La **financiación** (o *crisis económica*).
 - El **número de costaleros** (o *crisis de la costalería*).
 - El **número de nazarenos** (o *crisis de los cortejos*).
 - El **número de hermanos** (o *crisis de los censos*).

- Por otro lado, **los factores cualitativos**, de los que serán objeto de nuestra atención los siguientes:
 - La **laicización de la sociedad** (o *crisis de la fe*).
 - La **falta de formación** (o *crisis de profundidad*), en la que deberemos distinguir entre **académica** y **cristiana**.
 - Y por último, en relación con las anteriores, observamos una **merma de la capacidad de respuesta** (o *crisis de efectividad*), y una **pérdida del sentido último de las cofradías** (o *crisis de orientación*).

Éstos son, o al menos así lo entiendo yo, factores determinantes en la situación actual de nuestras cofradías. Además, observamos cómo existe una fuerte interrelación entre ellos, un intercambio de influencias que saltan de los cualitativos a los cuantitativos y viceversa, configurando el complejo tejido de la problemática actual de nuestras corporaciones penitenciales. Por tanto, analicemos detenidamente lo que puedan dar de sí los elementos arriba reseñados.

Los factores cuantitativos

El problema de la financiación (crisis económica).

A riesgo de ser tachados de excesivamente materialistas, podríamos afirmar sin miedo a errar en demasía que este es el factor más importante de todos. La crisis económica afecta a todos los bolsillos y cómo no, afecta de pleno a las arcas de nuestras tesorerías. Pero lo hace por un motivo distinto. Las raíces de la penuria económica que sufren la mayoría de las cofradías no nacen, al menos no principalmente, de la crisis sufrida en la actualidad por la sociedad entera en la que se incluye el conjunto de los cofrades. El problema de financiación de nuestras Hermandades tiene unas raíces aún más profundas, si se quiere. Es más complejo que una simple coyuntura. Al contrario, es fruto de uno de los mayores fallos estructurales que presenta nuestro universo cofradiero: deviene de la secular relación de dependencia que nuestras cuentas han mantenido respecto a terceras personas o instituciones que han ejercido una función más o menos calificable como de mecenazgo. Aristócratas, adinerados empresarios, instituciones públicas, Ayuntamiento... Todos contribuyeron durante años, durante demasiados años, con

importantes cantidades de dinero que, además de sanear de manera fulminante las más parcas contabilidades cofrades, contribuyeron a engrandecer un patrimonio material de manera sorprendente.

Pero echemos un vistazo a la Historia. La Semana Santa del primer tercio del siglo XX siguió guardando, en general, la misma morfología que en la segunda mitad de la centuria anterior: pasos de reducidas dimensiones, cargados en su mayoría por cargadores horquilleros, con exorno floral poco cuidado, iluminación no muy profusa o más bien escasa... Una Semana Santa aislada aún, salvo excepciones muy puntuales, de la revolución estética que en Sevilla abanderó la figura genial de Rodríguez Ojeda. Fue tras la Guerra Civil cuando se extendió la práctica que se iniciara en nuestra ciudad de manera tímida en la década de los veinte: la incorporación de ese modelo estético a nuestras cofradías. Un cambio que se efectuó de manera paulatina en las cofradías que ya existían entonces, pero al que se adscribieron desde un principio las que fueron creadas en los años de posguerra¹, con la excepción de Amor y Sacrificio, y que aparejó un incremento necesario de los presupuestos cofrades para

¹ Diez cofradías, en la década de los años 40: Yedra (1938), Borriquita, Lanzada, Viga, Cinco Llagas, Tres Caídas, Santa Marta, Amor y Sacrificio, Cristo del Amor y Oración en el Huerto. A éstas podríamos añadir otras seis nuevas cofradías en la década inmediatamente posterior: Cena, Viñas, Loreto, Transporte, Buena Muerte y Candelaria.

la adquisición y manutención de los nuevos pasos, enseres y ajuares que fue satisfecho con la ayuda —pocas veces desinteresada— de los mecenas antes aludidos. Fueron los años de los grandes apellidos y extensos títulos nobiliarios como los Marqueses de Álamos del Guadalete y el Marqués de Domecq, de los Ponce de León y una extensa nómina de generosos adinerados, que no dudaron donar cuantiosas sumas de dinero a las cofradías jerezanas.

Este sistema, tremendamente atractivo a simple vista, condicionó de manera negativa y duradera el transcurrir de la historia de nuestras Hermandades. En muchas de esas corporaciones —en muchas, no en todas—, los cofrades vieron recrecer su patrimonio y modificar su cofradía hasta niveles que jamás hubieran podido soñar por sí solos. Y ahí está la clave. Ese mecenazgo creó una dependencia absoluta de esas corporaciones a las ayudas externas. Por un lado, la imposibilidad de que, con un censo de hermanos de extracción mayoritariamente proletaria o de la baja burguesía, la Hermandad pudiera sufragar los gastos de nuevas incorporaciones patrimoniales o siquiera los derivados del mantenimiento del tesoro ya reunido; por otro, la poca conciencia de la necesidad de organizarse para trabajar activamente durante todo un año para conseguir, en la medida de lo posible, unas fuentes de ingreso que

autofinanciaran a la cofradía cubriendo sus necesidades, lo que hubiera obligado, además, a crecer a un ritmo coherente a las propias posibilidades de la corporación y no al impuesto por el capricho generoso del mecenas de turno.

Ese mecenazgo fue una realidad durante toda la Dictadura de Franco, pero el final de ésta y la venida de la democracia no propició un cambio radical en lo hasta ahora visto. La Transición traía de la mano una sociedad igualitaria, sin distinción fáctica entre nobles y plebeyos y la pérdida de ciertos privilegios sociales y económicos a favor de aquéllos. Pero también trajo democracia, y la democracia poderes públicos elegidos por la masa del pueblo y esto, a su vez, intereses políticos de imagen e influencia. Fueron los gobiernos locales, de un modo paulatino, los que fueron ocupando el sitio que iban dejando vacantes las grandes familias aristócratas y bodegueras —automarginadas desde el cambio político, y necesariamente mermadas por las sucesivas herencias que repartían más y más las fortunas—. Una “política” continuista que no hizo sino volver *secular y tradicional* el susodicho método de financiación de las cofradías en Jerez. No es mi intención polemizar sobre la política seguida en Jerez por los partidos en el poder desde la Transición, sino la de realizar pública reflexión sobre el fenómeno que ahora tratamos.

La crisis demográfica: la falta de costaleros, nazarenos y hermanos

Hablábamos antes de la interrelación que caracteriza a los factores inicialmente enumerados y añadíamos después que el primero de los expuestos, el económico, era con toda probabilidad el más importante de todos. Y en cierto modo, ahora que nos ocupamos de estos tres factores (crisis de costalería, cortejos y censo de hermanos), veremos como todos ellos vienen condicionados por el anterior.

Nuestras Hermandades, salvo contadas excepciones muy puntuales, no han contado tradicionalmente con unos censos excesivamente extensos ni de hermanos, ni de nazarenos y costaleros. Pero, de unos años a esta parte, parece que nuestras cofradías tienen serias dificultades en estos campos, si bien resulta claro que son de mayor alcance y preocupación en los casos de costalería y cortejos. En lo que al número de nazarenos respecta, las cifras reflejan algunos datos llamativos. A pesar de que las Hermandades, siempre amigas de falsear en positivo sus estadísticas, solo seis cofradías alcanzan o superan la cifra de 500 nazarenos. ¿A

qué se debe esa secular carencia? No sabría responder a esa pregunta de una manera categórica. Los factores que determinan ese tipo de circunstancias suelen ser múltiples y sólo aspiramos a intentar descifrar algunos de ellos. En primer lugar podríamos echar un vistazo a los valores numéricos. Jerez celebraba con júbilo hace pocos meses la cifra de doscientos mil ciudadanos jerezanos, de los que cabe recordar que casi 24 mil son habitantes de su zona rural. Algunos meses después fueron aprobadas las últimas reglas, hasta el momento, de una nueva cofradía: La Paz, que venían a completar un censo total de 37 cofradías de penitencia. Si hacemos un sencillo cálculo, comprendemos que, a priori, corresponden algo más de cinco mil habitantes por cada cofradía erigida en nuestra ciudad. Si volvemos los ojos hacia la Semana Santa que nos sirve, nos guste o no, de modelo y referencia, descubrimos que un total de 68 cofradías de penitencia (Hermandades de vísperas incluidas) tienen cabida en una ciudad que tiene una población fija de casi 705 mil habitantes: más de diez mil habitantes por cada cofradía erigida, una cifra que supera el doble de la que barajábamos para nuestra ciudad. Son cifras que sin duda nos ayudan a comprender un poco mejor lo quimérico de soñar aquí con cortejos que están fuera de nuestro alcance, pero que también nos invitan a la inevitable reflexión.

Por otro lado, las hermandades radicadas en la ciudad hasta mediados de la década de los cincuenta —un total de 27 hermandades, el 72% del total— tienen su sede dentro del perímetro que hoy conocemos como casco urbano de la ciudad. Pero la evolución poblacional de Jerez fue modelando un urbanismo centrífugo, concentrando el crecimiento en la periferia, con el surgimiento de las grandes barriadas y urbanizaciones. A pesar de este trasvase del contingente poblacional del centro a la periferia, las cofradías siguieron fijadas a sus antiguos enclaves, donde, en mayor o menor medida, fueron perdiendo el contacto paulatino con una población que ahora resultaba lejana. Y aun más lejana cuando, a finales del siglo XX comienza a surgir el fenómeno de las agrupaciones parroquiales, muchas de ellas hoy Hermandades, que supieron dar satisfacción a la necesidad pastoral y devocional de los jerezanos de la periferia, anulando así la necesidad de buscar dicha satisfacción en las hermandades del Casco Histórico. En resumidas palabras, las Hermandades de centro decidieron predicar en un desierto que hoy ya da muestras serias y graves de sequía y extrema aridez, y en el que sólo unas pocas tienen asegurado sus oasis de subsistencia devocional y vital.

La **costalería** sufre, por supuesto, las mismas vicisitudes que los censos y los cortejos, pero con un añadido en especial. El oficio de la costalería hizo su aparición en nuestra ciudad en fechas muy tardías, en la década de los años 20, unos dos siglos y medios después de la primera actividad de este tipo constatada en un acto religioso. Fue otra manifestación más de los cambios que, poco a poco, desde esa década de los veinte, fueron obrándose en nuestra ciudad en pos de una asimilación progresiva de las formas sevillanas. De esta forma, no fueron solo la morfología de los pasos y de la cofradía en sí en la calle, sino las formas de llevarlo. Cuando se compraron pasos a las hermandades Sevillanas (Desconsuelo, por ejemplo), se adquirió también el oficio costalero. No estamos, por tanto, ante una evolución natural, sino ante un nuevo capítulo de transformación voluntaria.

La costalería, como decíamos, es un oficio, cuya mano de obra es de extracción esencialmente industrial lo que entra en clara contradicción con una ciudad como Jerez, cuya actividad económica quedaba mayoritariamente (un 80%) encuadrada en el sector primario. La costalería requiere cierto grado de complejidad técnica aparejada a una disciplina de grupo y una jerarquía que sólo en el proletariado urbano e industrial podía darse. Los trabajadores del campo, acostumbrados a un laboreo más individualista y solitario,

tenían en la carga a un hombro, con horquillas, la manera más ajustadas a sus posibilidades de sacar un paso. Aun así, el oficio fue desplegándose en Jerez de manera paulatina y fueron apareciendo nombres como el de Manuel Fernando Letrán García, Juan García García, José Domínguez o aquél joven costalero llamado Manuel Olmedo Corralero y al que todos terminarían conociendo por su apodo: El Papi. Ellos fueron los encargados de asumir el oficio que venía de Sevilla y fijarlo a nuestra ciudad, hacerlo propio, transmitiendo sus conocimientos no sólo a sus descendientes, sino a los hombres que se metían bajo las trabajaderas, afrontando así lo que podríamos denominar como una profesionalización de la costalería jerezana.

Pero si habíamos mostrado un retraso de más de dos siglos a la hora de implantar la costalería en la ciudad, apenas tardamos unos meses en importar lo que sería la gran revolución de la costalería en el siglo XX: la creación de la figura del hermano-costalero. Algo que en Sevilla, apenas modificó las pautas de actuación del oficio que tan sólidamente habían quedado fijadas a lo largo de los siglos, pero que en Jerez supuso una serie de cambios que poco o nada beneficiaron al fortalecimiento de la costalería, precisamente porque ésta había sido implantada en nuestra ciudad apenas unas décadas

antes y sus bases estaban aún frescas como para resistir sólidamente un cambio de esas magnitudes. Así, de un lado tendríamos al hermano-costalero, como un varón de mediana edad (pero algo más joven que los profesionales), no necesariamente vinculado a trabajos físicos, poco o nada familiarizado con el oficio, vinculado de un modo especial a las Imágenes que porta por la devoción que les profesa y en virtud de la cual se siente con cierta preferencia ante aquellos que exigen remuneración por su trabajo.

Y parejo a la figura del hermano-costalero surgió la figura del hermano-capataz, que en muchos casos no contaba con el conocimiento necesario de un oficio que no dudó en adaptar a sus limitaciones, modificando elementos esenciales como la disciplina o las cuestiones técnicas, en aras de poder llevar a cabo su función. Algo que contribuyó a denostar la imagen del mundo de la trabajadera, convirtiéndolo en un ambiente hosco, desagradable, de ambiente casi hermético, donde el sufrimiento físico era casi una fijación obsesiva, enfermiza, con la que se demostraba tanto la valía del costalero como su devoción a la Imagen que portaba. Fueron los años tristes y grises del oficio, donde se privilegió más la antigüedad que los conocimientos técnicos y la capacidad física. La época atroz y bárbara del yo-no-me-salga, de el-costero-es-mío, el-patero-soy-yo-

quiera-o-no-quiera-el-capataz, y un largo y lamentable etcétera que compusieron el corolario ideológico del oficio costalero de la década de los 70s, 80s y en menor medida de los 90s. En definitiva, la costalería sufrió un serio empobrecimiento de sus bases —ya débiles por la poca compatibilidad que la ciudad presentaba en el momento de la implantación— cuando se abrazó con entusiasmo el fenómeno de los hermanos costaleros. Quizás hubiera sido preferible que la adaptación hubiera sido algo más tardía, con el oficio más consolidado, más arraigado en la ciudad, a salvo de desviaciones peligrosas.

Esa herencia poco halagüeña ha venido a sumarse, en la actualidad, a otros factores que hacen aun más complejo el fenómeno costalero en nuestra Semana Santa. Por un lado, la necesidad de crear nuevas cuadrillas para sacar los pasos de las nuevas cofradías —o los nuevos pasos de las ya existentes— incide de manera directa, pues diluye aún más la mano de obra disponible. Además, la concepción de la costalería como “oficio” —como “afición”— no está tan extendida como sería deseable, y son muchos los que limitan su trabajo a portar las Imágenes de las que son fieles devotos, con el consiguiente desequilibrio numérico en nuestras cuadrillas. Contra esto, muchas Hermandades han optado en los últimos años por nombrar capataces

ajenos a sus censos de hermanos que, a su vez, movilizan a costaleros de oficio, de afición, ajenos igualmente a la cofradía. Asistimos, por tanto, a una neoprofesionalización de la costalería en Jerez, como solución posible a la crisis planteadas. Los resultados de dicha tendencia habrán de ser valorados dentro de unos años, cuando sea posible hacer un seguimiento de medio o largo alcance.

Hasta el momento nos hemos ocupado de lo que hemos denominado los factores cuantitativos. Pasemos ahora a los cualitativos, aquellos que afectan no tanto a las estadísticas como a las personas, a los cofrades. De éstos, nos centraremos en los que pensamos más influyentes y determinantes, sin que por ello afirmemos que sean los únicos existentes; a saber: el laicismo de nuestra sociedad, la falta de formación, tanto cristiana como académica, la incapacidad para dar solución efectiva a los problemas planteados y una pérdida del rumbo a seguir por nuestras corporaciones.

Los factores cualitativos

La crisis de fe en las cofradías: el laicismo en nuestra sociedad

Uno de los retos más duros a los que se enfrentan nuestras Hermandades en la actualidad es la del descreimiento

generalizado por el que atraviesa la sociedad. Nuestras cofradías forman parte de lo que conocemos como religiosidad popular, que tiene una doble naturaleza, religiosa y folklórica. De las dos, es la religiosa la que da **sentido y orientación a las manifestaciones religiosas populares. El aporte folklórico** es variable, relativo, modificable, maleable e inestable a lo largo del tiempo y el espacio. No es lo mismo el folklore de la Semana Santa de Jerez en los años iniciales de la pasada centuria que el actual, ni el de la Semana Santa vallisoletana que el de la jerezana. Son valores que depende de la propia idiosincrasia de la sociedad protagonista, de sus esquemas mentales, resortes culturales, trayectoria histórica, etcétera. Es el factor religioso el que aparece como elemento común en todo tiempo y lugar, sin variación de ningún tipo, si exceptuamos las reformas litúrgicas sucesivas que han venido realizándose a lo largo del tiempo.

En nuestra sociedad, el apoyo de los poderes públicos que hacen apología no ya de la secularización (entendida como la separación entre Iglesia y Estado) sino del laicismo (que podríamos entender aquí como la separación entre Dios y las personas) a nuestras corporaciones puede llevarnos a pensar en una contradicción fuerte —una más— de su imaginario político. Pero no

es así. Ese apoyo siempre se traduce en una potenciación de la vertiente folklórica de la fiesta, nunca de la religiosa, que va perdiendo importancia ante los propios miembros de las hermandades, cuya fe se ve asediada por el continuo bombardeo de los mensajes laicistas en la vida cotidiana y la seducción que ejerce en ello ese juego de favores. Es negativo, en otras palabras, porque realza el valor civil de las cofradías, que es el valor realmente aprovechable para aquellos que hoy lo potencian, frente al religioso, el único esencial y necesario para nuestras cofradías. Es el peligroso camino de las Hermandades civiles de penitencia, que en Jerez hace pocos años quiso tomar forma tangible en el turbio proyecto de la Carrera Oficial para Asociaciones Juveniles; y que en Granada cuajó en la conocida como Cofradía Universitaria. De emprender —o continuar— este camino, las consecuencias no habrán de ser muy positivas. No lo serán en tanto que dejen atrás su misión, su vocación, su función en la sociedad. Negarse la propia naturaleza de miembros de la Iglesia y no alinearse clara y rotundamente con Ésta ante la sociedad conduce, irrevocablemente, a la destrucción de nuestras Instituciones. Fuera de la Iglesia seremos otra cosa, pero nunca Hermandades ni Cofradías.

Crisis de profundidad: la carencia de formación académica y universitaria

Jerez no ha contado, a lo largo de su historia, con una tradición universitaria. Su sociedad, fuertemente bipolarizada hasta bien entrada la dictadura de Franco —una amplia clase alta, una gigantesca clase baja y una diminuta clase media emparedada entre uno y otro grupo social—, no se ajustaba al modelo burgués donde la Universidad tiene su germen. No había una existencia numerosa de grandes negocios ni empresariales, ni comerciales o industriales que necesitaran de profesionales de alta cualificación. La tendencia fue cambiando desde los años de la Transición y la Democracia en nuestro país, cuando las medidas homogeneizadoras favorecieron el acceso de la población menos favorecidas a las universidades públicas españolas. El cambio, sobra decirlo, no fue repentino y radical, sino paulatino y lento, iniciándose un tímido despegue en los años 80 que tomó algo más de cuerpo durante los 90 y que se tomó formas masivas a finales de esa década y en la primera del siglo XXI.

Para nuestras Hermandades, esa ausencia de la presencia universitaria como una parte de las mismas se ha manifestado de diversas formas, que van desde una carencia total de estudios académicos serios sobre la Historia y desarrollo del fenómeno

cofrade en nuestra ciudad, a una pésima gestión de nuestro propio patrimonio humano y material, pasando por otras muchas cuestiones que hoy evitamos abordar. Pero lo sorprendente es nuestra situación actual. Desde hace años nuestras Universidades vomitan literalmente licenciados de todas las extracciones sociales, fenómeno que no es ajeno a los jóvenes cofrades y que sin embargo no acaba de fructificar en esos trabajos que tanto necesitan nuestras hermandades. Es el gran reto pendiente de nuestra juventud: responder al compromiso que les une con nuestra Semana Santa contribuyendo a la labor de teorización y conceptualización que desde las ciencias puede iluminar de manera definitiva todo cuanto hoy abordamos en esta conferencia.

La otra vertiente de nuestra carencia formativa, la meramente cristiana, no es, faltaría más, menos importante. Y entendemos aquí por formación cristiana no sólo el proceso de adquisición de conocimientos catequéticos y dogmáticos, sino también al desarrollo de la experiencia de fe personales más allá de las estaciones de penitencias anuales. Esta carencia afecta decisivamente al desarrollo de nuestras hermandades, pues debilita aun más la naturaleza religiosa de nuestras manifestaciones populares, cediendo así

terreno al cariz meramente folklórico impulsado por terceros poderes, como hemos visto con anterioridad. Con la ausencia de la formación, una fe queda indefensa en tiempos de descreencia. Y eso ha de tener, y tiene, consecuencias funestas.

Resulta llamativo, además, cómo es este aspecto uno de los más descuidados por nuestras corporaciones, a la vez que uno de los más enarbolados por las mismas. La trilogía **Formación-Culto-Caridad** se inscribe a fuego en la memoria de todo cofrade apenas comienza a serlo, no cejando jamás en el empeño de repetirlo incansablemente, como si recordar esas palabras ya diera cumplida cuenta de lo que significan. Como si repetirlas en voz alta nos garantizaran todo tipo de indulgencias. Incluso, puestos a apostillar en el asunto, podríamos añadir una cuarta palabra a las anteriores: **Evangelización**, muy recurrida cuando los cofrades sentimos la necesidad de justificar nuestra presencia y actividades, generalmente ante instancias eclesiásticas. Evangelizar un barrio, una barriada, una collación. Lo que sea, pero evangelizar, signifique lo que signifique. Olvidando que quizás sean las propias filas de la Hermandad las más necesitadas de esa re-evangelización y que no existe ni existirá nunca un ejercicio noble de esa palabra sin una correcta formación cristiana y una

experiencia de fe profunda que ayuden conjuntamente al crecimiento del Espíritu.

Crisis de efectividad: la incapacidad de respuesta

Todas estas limitaciones llevan a una incapacidad parcial o total, según los casos, para poner soluciones efectivas —crisis de efectividad— a las contrariedades que hemos visto con anterioridad y otras que hoy hemos renunciado a abordar por motivo de espacio y tiempo. No pueden existir soluciones, si ni siquiera existen unas respuestas válidas a esos problemas, si no hay una labor previa de teorización, de racionalización de nuestros propios asuntos. En este aspecto, nuestras carencias, todas las analizadas anteriormente, y de manera especial las relativas a la formación, nos lastran de un modo aplastante.

Conclusión

Al comienzo de la ponencia advertía de lo osado que era pretender dar respuestas a los problemas que hoy acosan a nuestras Hermandades. Si bien no he intentado dar solución a los problemas,

sino simplemente intentar ponerles nombre y definir su naturaleza —solucionarlo es cosa de todos, no de un servidor en exclusiva—, al menos sí me van a permitir que responda al interrogante que se contiene en el título de la conferencia: ¿Crisis en la Semana Santa de Jerez?

No hay crisis en la Semana Santa de Jerez. No la hay. No hay una crisis de costaleros, porque nunca han existido más costaleros que los que hay ahora, ni de finanzas porque nunca nuestras tesorerías emitieron presupuestos tan elevados, ni tampoco de lo demás: nunca hubo más que lo que hoy tenemos. Y sin embargo los problemas que hemos abordado son una realidad tangible, peligrosa y preocupante. Pero no coyuntural. La palabra crisis nos refiere a un cambio repentino y pasajero de una tendencia —generalmente asociada a un cambio negativo—. Algo coyuntural. En cambio, nuestros problemas derivan de fallos estructurales, duraderos, prolongables indefinidamente. Son problemas de base, que si no son solucionados, adquirirán el calificativo de crónicos. Esa es la diferencia. No estamos en crisis. Somos crisis.

Con todo lo visto, convendrán conmigo en que las cofradías tienen la imperiosa necesidad de una reflexión profunda, de un alto forzoso en el camino antes de que nuestros pasos nos lleven a donde

no queremos ir. Una necesidad tan básica que incluye las preguntas de qué y quiénes somos, dónde y cuando estamos y adónde queremos y debemos ir. Porque sin buscar y alcanzar esas respuestas, nuestras cofradías se asemejan en todo a un gigantón con pies de barro: robusto de apariencia, pero frágil, torpe, acomplejado por sus debilidades y totalmente desorientado; una situación de extrema confusión a la que ortogábamos, recuerden, el nombre de *crisis de orientación*.

Quizás ha llegado ya el momento de esa gran reflexión. Ese es el gran reto de nuestras cofradías ante este milenio que recién comienza. Esta conferencia sólo ha pretendido ser eso mismo: una invitación al debate reflexivo, a la autocrítica, al análisis necesario de nuestra Semana Santa. Porque ese, me temo, es el único modo que tenemos de, en un futuro, poder seguir denominándola Semana Mayor.